

agua en lo bajo de la tierra tan grande golpe, que de muy lejos se oye; y la espuma del agua, como cae con tanta fuerza, sube en alto dos lanzas y mas, por manera que fué necesario salir de las canoas y sacallas del agua y llevarlas por tierra hasta pasar el salto, y á fuerza de brazos las llevaron mas de media legua, en que se pasaron muy grandes trabajos: salvado aquel mal paso, volvieron á meter en el agua las dichas canoas y proseguir su viaje, y fueron por el dicho rio abajo hasta que llegaron al rio del Paraná; y fué Dios servido que la gente y caballos que iban por tierra, y las canoas y gente, con el Gobernador que en ellas iban, llegaron todos á un tiempo, y en la ribera del rio estaba muy gran número de los indios de la misma generacion de los guaraníes, todos muy emplumados con plumas de papagayos y almágrados, pintados de muchas maneras y colores, y con sus arcos y flechas en las manos hecho un escuadrón de ellos, que era muy gran placer de los ver. Como llegó el Gobernador y su gente (de la forma ya dicha), pusieron mucho temor á los indios, y estuvieron muy confusos, y comenzó por lenguas de los intérpretes á les hablar, y á derramar entre los principales de ellos grandes rescates; y como fuese gente muy cobdiciosa y amiga de novedades, comenzáronse á sosegar y allegarse al Gobernador y su gente, y muchos de los indios les ayudaron á pasar de la otra parte del rio; y como hobieron pasado, mandó el Gobernador que de las canoas se hiciesen balsas juntándolas de dos en dos; las cuales hechas, en espacio de dos horas fue pasada toda la gente y caballos de la otra parte del rio, en concordia de los naturales, ayudándoles ellos propios á los pasar. Este rio del Paraná, por la parte que lo pasaron, era de ancho un gran tiro de ballesta, es muy hondable y lleva muy gran corriente, y al pasar del rio se trastornó una canoa con ciertos cristianos, uno de los cuales se ahogó porque la corriente lo llevó, que nunca mas pareció. Hace este rio muy grandes remolinos, con la gran fuerza del agua y gran hondura de él.

## CAPITULO XII.

Que trata de las balsas que se hicieron para llevar los dolientes.

Habiendo pasado el Gobernador y su gente el rio del Paraná, estuvo muy confuso de que no fuesen llegados dos bergantines que habia enviado á pedir á los capitanes que estaban en la ciudad de la Ascension, avisándoles por su carta que les escribió desde el rio del Paraná, para asegurar el paso por temor de los indios de él, como para recoger algunos enfermos y fatigados del largo camino que habian caminado; y porque tenian nueva de su venida y no haber llegado, púsole en mayor confusion, y porque los enfermos eran muchos y no podian caminar, ni era cosa segura detenerse allí donde tantos enemigos estaban, y estar entre ellos seria dar atrevimiento para hacer alguna traicion, como es su costumbre; por lo cual acordó de enviar los enfermos por el rio de Paraná abajo en las mismas balsas, encomendados á un indio principal del rio, que habia por nombre Iguaron, al cual dió rescates porque él se ofreció á ir con ellos hasta el lugar de Francisco, criado de Gonzalo de Acosta, en confianza de que en el camino encontrarian los bergantines, donde serian recibidos y

recogidos, y entre tanto serian favorecidos por el indio llamado Francisco, que fué criado entre cristianos, que vive en la misma ribera del rio del Paraná, á cuatro jornadas de donde lo pasaron, segun fué informado por los naturales; y así, los mandó embarcar, que serian hasta treinta hombres, y con ellos envió otros cincuenta hombres arcabuceros y ballesteros para que les guardasen y defendiesen; y luego que los hobo enviado se partió el Gobernador con la otra gente por tierra para la ciudad de la Ascension, hasta la cual (segun le certificaron los indios del rio del Paraná) habria hasta nueve jornadas; y en el rio del Paraná se tomó la posesion en nombre y por su majestad, y los pilotos tomaron el altura en veinte y cuatro grados.

El Gobernador con su gente fueron caminando por la tierra y provincia, por entre lugares de indios de la generacion de los guaraníes, donde por todos ellos fué muy bien recibido, saliendo, como solian, á los caminos, cargados de bastimentos, y en el camino pasaron unas ciénagas muy grandes y otros malos pasos y rios, donde en el hacer de las puentes para pasar la gente y caballos se pasaron grandes trabajos; y todos los indios de estos pueblos, pasado el rio del Paraná, les acompañaban de unos pueblos á otros, y les mostraban y tenian muy grande amor y voluntad, sirviéndoles y haciéndoles socorro en guiarles y darles de comer; todo lo cual pagaba y satisfacía muy bien el Gobernador; con que quedaban muy contentos. Y caminando por la tierra y provincia, aportó á ellos un cristiano español que venia de la ciudad de la Ascension á saber de la venida del Gobernador, y llevar el aviso de ello á los cristianos y gente que en la ciudad estaban; porque, segun la necesidad y deseo que tenian de verlo á él y su gente por ser socorridos, no podian creer que fuesen á hacerles tan gran beneficio hasta que lo viesen por vista de ojos, no embargante que habian recibido las cartas que el Gobernador les habia escripto. Este cristiano dijo y informó al Gobernador del estado y gran peligro en que estaba la gente, y las muertes que habian sucedido así en los que llevó Juan de Ayolas como otros muchos que los indios de la tierra habian muerto; por lo cual estaban muy atribulados y perdidos, mayormente por haber despoblado el puerto de Buenos-Aires, que está asentado en el rio del Paraná, donde habian de ser socorridos los navios y gentes que de estos reinos de España fuesen á los socorrer; y por esta causa tenian perdida la esperanza de ser socorridos, pues el puerto se habia despoblado, y por otros muchos daños que les habian sucedido en la tierra.

## CAPITULO XIII.

De cómo llegó el Gobernador á la ciudad de la Ascension, donde estaban los cristianos españoles que iba á socorrer.

Habiendo llegado (segun dicho es) el cristiano español, y siendo bien informado el Gobernador de la muerte de Juan de Ayolas y cristianos que consigo llevó á hacer la entrada y descubrimiento de tierra, y de las otras muertes de los otros cristianos, y la demasiada necesidad que tenian de su ayuda los que estaban en la ciudad de la Ascension, y asimismo del despoblamiento del puerto de Buenos-Aires, adonde el Gobernador ha-

bia mandado venir su nao capitana con las ciento y cuarenta personas desde la isla de Santa Catalina, donde los habia dejado para este efecto, considerando el gran peligro en que estarian por hallar yerma la tierra de cristianos, donde tantos enemigos indios habia, y por los enviar con toda brevedad á socorrer y dar contentamiento á los de la Ascension, y para sosegar los indios que tenian por amigos naturales de aquella tierra, vasallos de su majestad, con muy gran diligencia fué caminando por la tierra, pasando por muchos lugares de indios de la generacion de los guaraníes, los cuales, y otros muy apartados de su camino, los venian á ver cargados de mantenimientos, porque corria la fama (segun está dicho) de los buenos tratamientos que les hacia el Gobernador y muchas dádivas que les daba, venian con tanta voluntad y amor á verlos y traerles bastimentos, y traian consigo las mujeres y niños, que era señal de gran confianza que de ellos tenian, y les limpiaban los caminos por do habian de pasar. Todos los indios de los lugares por donde pasaron haciendo el descubrimiento, tienen sus casas de paja y madera; entre los cuales indios vinieron muy gran cantidad de indios de los naturales de la tierra y comarca de la ciudad de la Ascension, que todos, uno á uno, vinieron á hablar al Gobernador en nuestra lengua castellana, diciendo que en buena hora fuese venido, y lo mismo hicieron á todos los españoles, mostrando mucho placer con su llegada. Estos indios en su manera demostraron luego haber comunicado y estado entre cristianos, porque eran comarcanos de la ciudad de la Ascension; y como el Gobernador y su gente se iban acercando á ella, por los lugares por do pasaban antes de llegar á ellos, hacian lo mismo que los otros, teniendo los caminos limpios y barridos; los cuales indios y las mujeres viejas y niños se ponian en orden, como en procesion, esperando su venida con muchos bastimentos y vinos de maíz, y pan, y batatas, y gallinas, y pescados, y miel, y venados, todo aderezado; lo cual daban y repartian graciosamente entre la gente, y en señal de paz y amor alzaban las manos en alto, y en su lenguaje, y muchos en el nuestro, decian que fuesen bien venidos el Gobernador y su gente, y por el camino mostrándose grandes familiares y conversables, como si fueran naturales suyos, nacidos y criados en España. Y de esta manera caminando (segundo dicho es), fué nuestro Señor servido que á 11 dias del mes de marzo, sábado, á las nueve de la mañana, del año de 1542, llegaron á la ciudad de la Ascension, donde hallaron residiendo los españoles que iban á socorrer, la cual está asentada en la ribera del rio del Paraguay, en veinte y cinco grados de la banda del Sur; y como llegaron cerca de la ciudad, salieron á recibirlos los capitanes y gentes que en la ciudad estaban, los cuales salieron con tanto placer y alegría, que era cosa increíble, diciendo que jamás creyeron ni pensaron que pudieran ser socorridos, así por respecto de ser peligroso y tan dificultoso el camino, y no se haber hallado ni descubierto, ni tener ninguna noticia de él, como porque el puerto de Buenos-Aires, por do tenian alguna esperanza de ser socorridos, lo habian despoblado, y que por esto los indios naturales habian tomado grande osadía y atrevimiento de

los acometer para los matar, mayormente habiendo visto que habia pasado tanto tiempo sin que acudiese ninguna gente española á la provincia. Y por el consiguiente, el Gobernador se holgó con ellos, y les habló y recibió con mucho amor, haciéndole saber cómo iba á les dar socorro por mandado de su majestad; y luego presentó las provisiones y poderes que llevaba ante Domingo de Irala, teniente de gobernador en dicha provincia, y ante los oficiales, los cuales eran Alonso de Cabrera, veedor, natural de Loja; Felipe de Cáceres, contador, natural de Madrid; Pedro Dorantes, factor, natural de Béjar; y ante los otros capitanes y gente que en la provincia residian; las cuales fueron leídas en su presencia y de los otros clérigos y soldados que en ella estaban; por virtud de las cuales recibieron al Gobernador y le dieron la obediencia como á tal capitán general de la provincia en nombre de su majestad, y le fueron dadas y entregadas las varas de la justicia; las cuales el Gobernador dió y proveyó de nuevo en personas que en nombre de su majestad administrasen la ejecucion de la justicia civil y criminal en la dicha provincia.

## CAPITULO XIV.

De cómo llegaron á la ciudad de la Ascension los españoles que quedaron malos en el rio del Piqueri.

Estando el Gobernador en la ciudad de la Ascension (de la manera que he dicho), á cabo de treinta dias que hobo llegado á la ciudad, vinieron al puerto los cristianos que habia enviado en las balsas, así enfermos como sanos, desde el rio del Paraná, que allí adolescieron, y venian fatigados del camino; de los cuales no faltó sino solo uno, que lo mató un tigre, y de ellos supo el Gobernador y fué certificado que los indios naturales del rio habian hecho gran junta y llamamiento por toda la tierra, y por el rio en canoas, y por la ribera del rio habian salido á ellos, yendo por el rio abajo en sus balsas muy gran número y cantidad de los indios, y con grande grita y toque de atambores los habian acometido, tirándoles muchas flechas y muy espesas, juntándose á ellos con mas de docientas canoas por los entrar y tomar las balsas, para los matar, y que catorce dias con sus noches no habian cesado poco ni mucho de los dar el combate, y que los de tierra no dejaban de les tirar juntamente (segun que los de las canoas), y que traian unos garfos grandes, para en juntándose las balsas á tierra, echarles mano y sacarlas á tierra, y detenerlos para los tomar á manos; y con esto, era tan grande la vorería y alaridos que daban los indios, que parecia que se juntaba el cielo con la tierra; y como los de las canoas y los de la tierra se remudaban, y unos descansaban, y otros peleaban, con tanta orden, que no dejaban de les dar siempre mucho trabajo; donde hobo de los españoles hasta veinte heridos de heridas pequeñas, no peligrosas; y en todo este tiempo las balsas no dejaban de caminar por el rio abajo, así de dia como de noche, porque la corriente del rio, como era grande, los llevaba, sin que la gente trabajasen mas de en gobernar, para que no se llegasen á la tierra, donde estaba todo el peligro, aunque algunos remolinos que el rio hace les puso en gran peligro muchas veces, porque traia las



balsas á la redonda remolinando; y si no fuera por la buena maña que se dieron los que gobernaban, los remolinos los hicieran ir á tierra, donde fueran tomados y muertos. E yendo en esta forma, sin que tuviesen remedio de ser socorridos ni amparados, los siguieron catorce dias los indios con sus canoas, flechándolos y peleando de dia y de noche con ellos; se llegaron cerca de los lugares del dicho indio Francisco (que fué esclavo y criado de cristianos) el cual, con cierta gente suya, salió por el rio arriba á recibir y socorrer los cristianos, y los trajo á una isla cerca de su propio pueblo, donde los proveyó y socorrió de bastimentos, porque del trabajo de la guerra continua que les habian dado, venian fatigados y con mucha hambre, y allí se curaron y reformaron los heridos, y los enemigos se retiraron y no osaron tornarles acometer; y en este tiempo llegaron dos bergantines que en su socorro habian enviado, en los cuales fueron recogidos á la dicha ciudad de la Ascension.

## CAPITULO XV.

De cómo el Gobernador envió á socorrer la gente que venia en su nao capitana á Buenos-Aires, y á que tornasen á poblar aquel puerto.

Con toda diligencia el Gobernador mandó aderezar bergantines, y cargados de bastimentos y cosas necesarias, con cierta gente de la que halló en la ciudad de la Ascension, que habian sido pobladores del puerto de Buenos-Aires, porque tenian experiencia del rio del Paraná, los envió á socorrer los ciento y cuarenta españoles que envió en la nao capitana desde la isla de Santa Catalina, por el gran peligro en que estarían por se haber despoblado el puerto de Buenos-Aires, y para que se tornase luego á poblar nuevamente el pueblo en la parte mas suficiente y aparejada que les pareciese á las personas á quien lo cometió y encargó, porque era cosa muy conveniente y necesaria hacerse la poblacion y puerto, sin el cual toda la gente española que residia en la provincia y conquista, y la que adelante viniese, estaba en gran peligro y se perderían, porque las naos que á la provincia fuesen de rota batida, han de ir á tomar puerto en el dicho rio, y allí hacer bergantines para subir trecientas y cincuenta leguas el rio arriba, que hay hasta la ciudad de la Ascension, de navegacion muy trabajosa y peligrosa; los cuales dos bergantines partieron á 16 dias del mes de abril del dicho año, y luego mandó hacer de nuevo otros dos, que fornescidos y cargados de bastimentos y gente, partieron á hacer el dicho socorro, y á efectuar la fundacion del puerto de Buenos-Aires, y á los capitanes que el Gobernador envió con los bergantines, les mandó y encargó que á los indios que habitaban en el rio del Paraná, por donde habian de navegar, les hiciesen buenos tratamientos, y los trujesen de paz á la obediencia de su majestad, trayendo de lo que en ello hiciesen la razon y relacion cierta, para avisar de todo á su majestad; y proveido que hobo lo susodicho, comenzó á entender en las cosas que convenian al servicio de Dios y de su majestad, y á la pacificacion y sosiego de los naturales de la dicha provincia. Y para mejor servir á Dios y á su majestad, el Gobernador mandó llamar y hizo juntar los religiosos y

clérigos que en la provincia residian, y los que consigo habia llevado, y delante de los oficiales de su majestad, capitanes y gente que para tal efecto mandó llamar y juntar, les rogó con buenas y amorosas palabras tuviesen especial cuidado en la doctrina y enseñamiento de los indios naturales, vasallos de su majestad, y les mandó leer, y fueron leidos, ciertos capítulos de una carta acordada de su majestad, que habla sobre el tratamiento de los indios, y que los dichos frailes, clérigos y religiosos tuviesen especial cuidado en mirar que no fuesen maltratados, y que le avisasen de lo que en contrario se hiciese, para lo proveer y remediar, y que todas las cosas que fuesen necesarias para tan santa obra, el Gobernador se las daria y proveeria, y asimismo para administrar los santos sacramentos en las iglesias y monesterios les proveeria; y así, fueron proveidos de vino y harina, y les repartió los ornamentos que llevó, con que se servian las iglesias y el culto divino, y para ello les dió una bota de vino.

## CAPITULO XVI.

De cómo matan á sus enemigos que captivan, y se los comen.

Luego dende á poco que hobo llegado el Gobernador á la dicha ciudad de la Ascension, los pobladores y conquistadores que en ella halló, le dieron grandes que-rellas y clamores contra los oficiales de su majestad, y mandó juntar todos los indios naturales, vasallos de su majestad; y así juntos, delante y en presencia de los religiosos y clérigos, les hizo su parlamento, diciéndoles cómo su majestad lo habia enviado á los favorecer y dar á entender cómo habian de venir en conocimiento de Dios y ser cristianos, por la doctrina y enseñamiento de los religiosos y clérigos que para ello eran venidos, como ministros de Dios, y para que estuviesen debajo de la obediencia de su majestad, y fuesen sus vasallos, y que de esta manera serian mejor tratados y favorecidos que hasta allí lo habian sido; y allende de esto, les fué dicho y amonestado que se apartasen de comer carne humana, por el grave pecado y ofensa que en ello hacian á Dios, y los religiosos y clérigos se lo dijeron y amonestaron; y para les dar contentamiento, les dió y repartió muchos rescates, camisas, ropas, bonetes y otras cosas, con que se alegraron. Esta generacion de los guaranies es una gente que se entienden por su lenguaje todos los de las otras generaciones de la provincia, y comen carne humana de otras generaciones que tienen por enemigos, cuando tienen guerra unos con otros; y siendo de esta generacion, si los captivan en las guerras, tráenlos á sus pueblos, y con ellos hacen grandes placeres y regocijos, bailando y cantando; lo cual dura hasta que el captivo está gordo, porque luego que lo captivan lo ponen á engordar y le dan todo cuanto quiere á comer, y á sus mismas mujeres y hijas para que haya con ellas sus placeres, y de engordallo no toma ninguno el cargo y cuidado, sino las propias mujeres de los indios, las mas principales de ellas; las cuales lo acuestan consigo y lo componen de muchas maneras, como es su costumbre, y le ponen mucha plumería y cuentas blancas, que hacen los indios de hueso y de piedra blanca, que son entre ellos muy estimadas, y en estando gordo, son los placeres, bailes y cantos muy ma-

yores, y juntos los indios, componen y aderezan tres mochachos de edad de seis años hasta siete, y danles en las manos unas hachetas de cobre, y un indio, el que es tenido por mas valiente entre ellos, toma una espada de palo en las manos, que la llaman los indios macana; y sácanlo en una plaza, y allí le hacen bailar una hora, y desque ha bailado, llega y le da en los lomos con ambas las manos un golpe, y otro en las espinillas para derribarle, y acontece, de seis golpes que le dan en la cabeza, no poderlo derribar, y es cosa muy de maravillar el gran testor que tienen en la cabeza, porque la espada de palo con que les dan es de un palo muy recio y pesado, negro, y con ambas manos un hombre de fuerza basta á derribar un toro de un golpe, y al tal captivo no lo derriban sino de muchos, y en fin al cabolo derriban, y luego los niños llegan con sus hachetas, y primero el mayor de ellos ó el hijo del principal, y danle con ellas en la cabeza tantos golpes, hasta que le hacen saltar la sangre, y estándoles dando, los indios les dicen á voces que sean valientes y se enseñen, y tengan ánimo para matar sus enemigos y para andar en las guerras, y que se acuerden que aquel ha muerto de los suyos, que se venguen de él; y luego como es muerto, el que le da el primer golpe toma el nombre del muerto, y de allí adelante se nombra del nombre del que así mataron, en señal que es valiente, y luego las viejas lo despedazan y cuecen en sus ollas y reparten entre sí, y lo comen, y tiénelo por cosa muy buena comer dél, y de allí adelante tornan á sus bailes y placeres, los cuales duran por otros muchos dias, diciendo que ya es muerto por sus manos su enemigo que mató á sus parientes, que agora descansarán y tomarán por ello placer.

## CAPITULO XVII.

De la paz que el Gobernador asentó con los indios agaces.

En la ribera de este rio del Paraguay está una nascion de indios que se llaman agaces; es una gente muy temida de todas las nasciones de aquella tierra; allende de ser valientes hombres y muy usados en la guerra, son muy grandes traidores, que debajo de palabra de paz han hecho grandes estragos y muertes en otras gentes, y aun en propios parientes suyos, por hacerse señores de toda la tierra; de manera que no se confían de ellos. Esta es una gente muy crecida, de grandes cuerpos, y miembros como gigantes; andan hechos cosarios por el rio en canoas; saltan en tierra á hacer robos y presas en los guaranies, que tienen por principales enemigos; mantiéense de caza y pesquería del rio y de la tierra, y no siembran, y tienen por costumbre de tomar captivos de los guaranies, y tráenlos maniatados dentro de sus canoas, y lléganse á la propia tierra donde son naturales, y salen sus parientes para rescatarlos, y delante de sus padres y hijos, mujeres y deudos, les dan crueles azotes y les dicen que les trayan de comer, si no, que los matarán. Luego les traen muchos mantenimientos, hasta que les cargan las canoas; y se vuelven á sus casas, y llévanse los prisioneros, y esto hacen muchas veces, y son pocos los que rescatan; porque después que están hartos de traerlos en sus canoas y de azotarlos, los cortan las cabezas y las ponen por la ribera del rio hincadas en unos palos altos. A estos indios, antes que

fuese á la dicha provincia el Gobernador, les hicieron guerra los españoles que en ella residian, y habian muerto á muchos de ellos, y asentaron paz con los dichos indios; la cual quebrantaron, como lo acostumbran, haciendo daños á los guaranies muchas veces, llevando muchas provisiones; y cuando el Gobernador llegó á la ciudad de la Ascension habia pocos dias que los agaces habian rompido las paces y habian salteado y robado ciertos pueblos de los guaranies, y cada dia venian á desasegurar y dar rebato á la ciudad de la Ascension; y como los indios agaces supieron la venida del Gobernador, los hombres mas principales de ellos, que se llaman Abacoten y Tabor y Alabos, acompañados de otros muchos de su generacion, vinieron en sus canoas, y desembarcaron en el puerto de la ciudad, y salidos en tierra, se vinieron á poner en presencia del Gobernador, y dijeron que ellos venian á dar la obediencia á su majestad y á ser amigos de los españoles; y que si hasta allí no habian guardado la paz, habia sido por atrevimiento de algunos mancebos locos que sin su licencia salian, y daban causa á que se creyese que ellos quebraban y rompian la paz, y que los tales habian sido bien castigados; y rogaron al Gobernador los recibiese y hiciese paz con ellos y con los españoles, y que ellos la guardarian y conservarian estando presentes los religiosos y clérigos y oficiales de su majestad. Hecho su mensaje, el Gobernador los recibió con todo buen amor, y les dió por respuesta que era contento de los recibir por vasallos de su majestad y por amigos de los cristianos, con tanto que guardasen las condiciones de la paz y no la rompiesen como otras veces lo habian hecho, con apercibimiento que los tendrian por enemigos capitales y les harian la guerra; y de esta manera se asentó la paz, y quedaron por amigos de los españoles y de los naturales guaranies, y de allí adelante los mandó favorecer y socorrer de mantenimientos; y las condiciones y posturas de la paz, para que fuese guardada y conservada, fué que los dichos indios agaces principales, ni los otros de su generacion, todos juntos ni divididos, en manera alguna, cuando hobiesen de venir en sus canoas por la ribera del rio del Paraguay, entrando por tierra de los guaranies, ó hasta llegar al puerto de la ciudad de la Ascension, hobiese de ser y fuese de dia claro, y no de noche, y por la otra parte de la ribera del rio, no por donde los otros indios guaranies y españoles tienen sus pueblos y labranzas; y que no saltasen en tierra, y que cesase la guerra que tenian con los indios guaranies, y no les hiciesen ningun mal ni daño, por ser, como eran, vasallos de su majestad; que volviesen y restituyesen ciertos indios y indias de la dicha generacion, que habian captivado durante el tiempo de la paz, porque eran cristianos y se quejaban sus parientes, y que á los españoles y indios guaranies que anduviesen por el rio á pescar y por la tierra á cazar no les hiciesen daño ni les impidiesen la caza y pesquería, y que algunas mujeres, hijas y parientas de los agaces, que habian traído á la doctrinar, que las dejasen permanecer en la santa obra, y no las llevasen ni hiciesen ir ni ausentar; y que guardando las condiciones, los tenian por amigos; y donde no, por cualquier de ellas que así no guardasen, procederian contra ellos; y sien-



do por ellos bien entendidas las condiciones y apercebimientos, prometieron de las guardar; y de esta manera se asentó con ellos la paz y dieron la obediencia.

## CAPITULO XVIII.

De las querellas que dieron al Gobernador los pobladores, de los oficiales de su majestad.

Luego dende á pocos dias que fué llegado á la ciudad de la Ascension el Gobernador, visto que habia en ella muchos pobres y necesitados, los proveyó de ropas, camisas, calzones y otras cosas, con que fueron remediados, y proveyó á muchos de armas, que no las tenían; todo á su costa, sin interese alguno; y rogó á los oficiales de su majestad que no les hiciesen los agravios y vejaciones que hasta allí les habian hecho y hacian; de que se querellarian de ellos gravemente todos los conquistadores y pobladores, así sobre la cobranza de deudas debidas á su majestad, como derechos de una nueva imposicion que inventaron y pusieron, de pescado y manteca, de la miel, maíz y otros mantenimientos, y pellejos de que se vestian, y que habian y compraban de los indios naturales; sobre lo cual los oficiales hicieron al Gobernador muchos requerimientos para proceder en la cobranza, y el Gobernador no se lo consintió; de donde le cobraron grande odio y enemistad, y por vias indirectas intentaron de hacerle todo el mal y daño que pudiesen, movidos con mal celo; de que resultó prenderlos y tenerlos presos por virtud de las informaciones que contra ellos se tomaron.

## CAPITULO XIX.

Cómo se querellaron al Gobernador de los indios guaycurues.

Los indios principales de la ribera y comarca del rio del Paraguay, y mas cercanos á la ciudad de la Ascension, vasallos de su majestad, todos juntos parecieron ante el Gobernador y se querellaron de una generacion de indios que habitan cerca de sus confines; los cuales son muy guerreros y valientes, y se mantienen de la caza de los venados, mantecas y miel, y pescado del rio, y puercos que ellos matan, y no comen otra cosa ellos y sus mujeres y hijos, y estos cada dia la matan y andan á cazar con su puro trabajo; y son tan ligeros y recios, que corren tanto tras los venados, y tanto les dura el aliento, y sufren tanto el trabajo de correr, que los cansan y toman á mano, y otros muchos matan con las flechas, y matan muchos tigres y otros animales bravos. Son muy amigos de tratar bien á las mujeres, no tan solamente las suyas propias, que entre ellos tienen muchas preeminencias, mas en las guerras que tienen, si captivan algunas mujeres, danles libertad y no les hacen daño ni mal; todas las otras generaciones les tienen gran temor; nunca están quedos de dos dias arriba en un lugar; luego levantan sus casas, que son de esteras, y se van una legua ó dos desviados de donde han tenido asiento; porque la caza, como es por ellos hostigada, huye y se va, y vanla siguiendo y matando. Esta generacion y otras que se mantienen de las pesquerías y de unas algarrobas que hay en la tierra, á las cuales acuden por los montes donde están estos árboles, á coger como puercos que andan á montanera, todos en un tiempo, porque es cuando está madura el algarroba por

el mes de noviembre á la entrada de diciembre, y de ella hacen harina y vino, el cual sale tan fuerte y recio, que con ello se emborrachan.

## CAPITULO XX.

Cómo el Gobernador pidió informacion de la querella.

Asimismo se querellaron los indios principales al Gobernador, de los indios guaycurues, que les habian desposeido de su propia tierra, y les habian muerto sus padres y hermanos y parientes; y pues ellos eran cristianos y vasallos de su majestad, los amparase y restituiese en las tierras que les tenían tomadas y ocupadas los indios, porque en los montes y en las lagunas y rios de ellas tenían sus cazas y pesquerías, y sacaban miel, con que se mantenian ellos y sus hijos y mujeres, y lo traian á los cristianos; porque después que á aquella tierra fué el Gobernador, se les habia hecho las dichas fuerzas y muertes. Vista por el Gobernador la querella de los indios principales, los nombres de los cuales son Pedro de Mendoza, y Juan de Salazar Cupirati, y Francisco Ruiz Mairaru, y Lorenzo Moquiraci, y Gonzalo Mairaru, y otros cristianos nuevamente convertidos, porque se supiese la verdad de lo contenido en su querella, y se hiciese y procediese conforme á derecho, por las lenguas intérpretes el Gobernador les dijo que trujesen informacion de lo que decian; la cual dieron y presentaron de muchos testigos cristianos españoles, que habian visto y se hallaron presentes en la tierra cuando los indios guaycurues les habian hecho los daños y les habian echado de la tierra, despoblado un pueblo que tenían, muy grande y cercado de fuerte palizada, que se llama Caguazu; y recibida la dicha informacion, el Gobernador mandó llamar y juntar los religiosos y clérigos que allí estaban, conviene á saber, el comisario fray Bernaldo de Armenta y fray Alonso Lebron, su compañero, y el bachiller Martin de Armenta y Francisco de Andrada, clérigos, para que viesen la informacion y diesen su parecer, si la guerra se les podia hacer á los indios guaycurues justamente. Y habiendo dado su parecer, firmado de sus nombres, que con mano armada podia ir contra los dichos indios, á les hacer la guerra, pues eran enemigos capitales, el Gobernador mandó que dos españoles que entendian la lengua de los indios guaycurues, con un clérigo llamado Martin de Armenta, acompañados de cincuenta españoles, fuesen á buscar los indios guaycurues, y á les requerir diesen la obediencia á su majestad, y se apartasen de la guerra que hacian á los indios guaranies, y los dejasen libres por sus tierras, gozando de las cazas y pesquerías de ellas; y que de esta manera los ternia por amigos y los favoreciera; y donde no, lo contrario haciendo, que les haria la guerra como á enemigos capitales. Y así, se partieron los susodichos, encargándoles tuviesen especial cuidado de les hacer los apercebimientos una, y dos, y tres veces con toda templanza. E idos, dende á ocho dias volvieron, y dijeron y dieron fe que hicieron el dicho apercebimiento á los indios, y que hecho, se pusieron en arma contra ellos, diciendo que no querian dar la obediencia ni ser amigos de los españoles ni de los indios guaranies, y que se fuesen luego de su tierra; y así, les tiraron muchas flechas, y

## CAPITULO XXI.

Cómo el Gobernador y su gente pasaron el rio, y se ahogaron dos cristianos.

Este mismo dia viénes llegaron los bergantines allí para pasar las gentes y caballos de la otra parte del rio, y los indios habian traído muchas canoas; y bien informado el Gobernador de lo que convenia hacerse, platicado con sus capitanes, fué acordado que luego el sábado siguiente por la mañana pasase la gente para proseguir la jornada y ir en demanda de los indios guaycurues, y mandó que se hiciesen balsas de las canoas para poder pasar los caballos; y en siendo de dia, toda la gente puesta en orden, comenzaron á embarcarse y pasar en los navíos y en las balsas, y los indios en las canoas; era tanta la priesa del pasar y la grita de los indios (como era tanta gente), que era cosa muy de ver; tardaron en pasar dende las seis de la mañana hasta las dos horas después de mediodía, no embargante que habia bien docientas canoas, en que pasaron. Allí sucedió un caso de mucha lástima, que como los españoles procuraban de embarcarse primero unos que otros, cargando en una barca mucha gente al un bordo, hizo balance y se trastornó de manera, que volvió la quilla arriba y tomó debajo toda la gente, y si no fueran tambien socorridos, todos se ahogaran; porque, como habia muchos indios en la ribera, echáronse al agua y volcaron el navío; y como en aquella parte habia mucha corriente, se llevó dos cristianos, que no pudieron ser socorridos, y los fueron á hallar el rio abajo ahogados; el uno se llamaba Diego de Isla, vecino de Málaga, y el otro Juan de Valdés, vecino de Palencia. Pasada toda la gente y caballos de la otra parte del rio, los indios principales vinieron á decir al Gobernador que era su costumbre que cuando iban á hacer alguna guerra hacian un presente al capitan suyo, y que así, ellos, guardando su costumbre, lo querian hacer; que le rogaban lo recibiese; y el Gobernador, por les hacer placer, lo aceptó; y todos los principales, uno á uno, le dieron una flecha y un arco pintado, muy galan, y tras de ellos, todos los indios, cada uno trujo una flecha pintada y emplumada con plumas de papagayos, y estuvieron en hacer los dichos presentes hasta que fué de noche, y fué necesario quedarse allí en la ribera del rio á dormir aquella noche, con buena guarda y centinela que hicieron.

## CAPITULO XXII.

Cómo fueron las espías por mandado del Gobernador en seguimiento de los indios guaycurues.

El dicho dia sábado fué acordado por el Gobernador, con parecer de sus capitanes y religiosos, que, antes que comenzasen á marchar por la tierra, fuesen los adelantados á descubrir y saber á qué parte los indios guaycurues habian pasado y asentado pueblo, y de la manera que estaban, para poderles acometer y echar de la tierra de los indios guaranies; y así, se partieron los indios, espías y cristianos, y al cuarto de la modorra vinieron, y dijeron que los indios habian todo el dia cazado, y que adelante iban caminando sus mujeres y hijos, y que no sabian adónde irian á tomar asiento; y sabido lo susodicho, en la misma hora fué acordado que